

Rousseau, la poesía y vamos a llorar

Clemente López Trujillo

Juan Jacobo, en *Julia* o *La nueva Eloísa*, se pregunta: "¿No me hallo desterrado en todas partes"? Pero ¿sentíase desterrado en sí mismo? Desterrarse, he ahí lo que anhela el hombre cuando se coloca en plan de cazador frente a la Naturaleza. Lo que busca el hombre para encontrarse y gritar: ¡me palpo! Porque hallarse el hombre en sí mismo es una manera, y qué trágica, de palpase. Palparse y extenderse en sí mismo, hacia sí mismo, con todas sus angustias y el reflejo de las ajenas que, en cierto modo, son también nuestras. Desterrarse en sí mismo es romper las fronteras del exterior y batallar con la tierra que todos llevamos dentro.

Fuerzas extrañas le flechan al hombre el espíritu y la carne, pero logra vencerlas no sólo arrancándose el dardo sino venciendo, —no destruyendo— eso que David Federico Strauss llamaba la "indiferencia de la Naturaleza"... entonces llega para el hombre el momento en que "no puede salvarse de la naturaleza, sino penetrando en ella", que decía el propio Strauss. Y ¿qué fue lo que hizo Rousseau? Entrar y anegarse en ella, moribundo vital, y fatalmente gozoso por todo lo que le ofrecía la locura envolvente de un vértigo o la suave caricia de una mano generosa.

¿Existe un libro más amargo que éste de Juan Jacobo Rousseau: *Las confesiones*? Porque es como si hubiese arrancado su propia desnudez para ofrecer a los hombres su sangre entera. Leyéndolas tenemos la sensación de que se evade sí mismo —se destierra en sí mismo—: que corre desesperadamente hacia un sitio en que tiene la seguridad de encontrarse, descansando entre un niño, un sauce y un hombre. Descansar, entrar en posesión de una tranquila y dulce serenidad, es lo que creemos ansiaba este malicioso y melodioso atormentado. Y se halló a sí mismo, en su propio destierro, encontró al hombre, y se palpó para soñar su forma humana: se desnudó los huesos y el espíritu, ya que la otra desnudez casi la había cubierto, sin quererlo, con los pedazos de su propia existencia.

Breve historia de mi soledad.
Revista *Juzgue* Núm. 6, agosto 15 de 1973. p. 54

Terminadas sus Confesiones exclamó. Ésta es mi obra y éste es el hombre. Pero antes había dicho: "Conozco a los hombres y siento lo que hay dentro de mí mismo". (Soy hombre y nada de la naturaleza humana me es extraño, dicen que dijo Terencio). Pero lo dijo Rousseau cuando ya se había hallado él, el hombre sembrado en un niño, que la voluntad estremecida que pone en conmoción las resistencias y potencias del mundo.

La delicia y punzante melancolía que se pasea por las Confesiones, situó a Rousseau en un plano de honda poesía humana. ¿Qué importancia tiene para Juan Jacobo la poesía? La poesía lo es todo en el hombre. Con la poesía se alcanzan las más insospechadas cumbres del pensamiento.

¿Y con el verso? Rousseau escribió sus poemas "para aprender a escribir mejor en prosa". Dejóse arrastrar —o al menos él lo sintió así— por el verso hacia una medular y certera comprensión del contenido de su prosa. Pero ¿es que la prosa tiene un contenido, o es la prosa su propio contenido? Lo tiene, y es el hombre, el estilo del hombre. (No el estilo es el hombre). Disciplina, sólo disciplina es lo que constituye para Rousseau el verso.

Pero más allá del verso, la poesía. Cómo se adivina desde sus primeros escritos ese misterioso impulso, tan divino y tan humano, a golpes de entusiasmo. Llegó a la cumbre y se anegó en su poesía de hombre y en la poesía del infinito. Lo misterioso: he ahí que llegamos al profundo sentido de la poesía. Y Juan Jacobo, por su sensibilidad y por la ironía que en su espíritu se desangraba, hincó en su carne el deseo poético. Y esto fue siempre en él, y hasta lo último.

Rousseau es lectura para toda una vida. Juan Jacobo fue un largo, extendido llanto. Lo confiesa él mismo, y nos habla del origen de sus lágrimas. Ese origen está en su propia madre. Porque su padre, cuando Rousseau era un niño decía: "Hablemos de tu madre, Juan Jacobo". "Yo le respondía: bien, padre mío, vamos, pues, a llorar". ¿Palabras? No, fiebre. Porque ya entonces comenzaba su fiebre. Su poesía. Su genio.

¿Su fiebre? Escribíale d'Alembert a Voltaire: "Juan Jacobo es un enfermo con un gran espíritu; pero sólo tiene espíritu cuando tiene fiebre. No hay que sanarlo ni qué burlarse de él".

Su fiebre. Su poesía. Su llanto. Su espíritu. Su pasión. Su grandeza.

Del libro inédito *Sonámbula y el sueño*.

Ensayos y lecturas. (1938-1942)